

¡Qué término tan sublime presentado al hombre que en sus aspiraciones tiende siempre al infinito! ¡Qué deber al mismo tiempo tan apremiante! Para esto nos eligió desde la eternidad; para esto nos ha criado en el tiempo; para esto nos ha regenerado por Jesucristo. Este es el fin de la Encarnacion del divino Verbo, que aproxima á Dios y al hombre; este el de la redencion, que expiando el pecado, destruye el muro de division que los separaba; este el de la adopcion del hombre por hijo de Dios, admirablemente realizado en el bautismo. En una palabra; á la santificacion del hombre, para que sea digno de Dios y de la participacion eterna de su gloria, se dirige todo en el órden de la naturaleza y en el de la gracia. Este es el fin de Dios. Este debe ser tambien el fin del hombre que á tan sublime altura es llamado por el Criador, y que es objeto de tantas invenciones maravillosas del amor divino. Tanto más debe serlo, cuanto que de ello depende su bienaventuranza, ese bello ideal de perfeccion y de felicidad á que se siente atraido, pero que no alcanzará sin multiplicados esfuerzos que le merezcan la eterna posesion del Infinito.

Ahora bien, Señores; la santidad en el hombre es el reflejo de la santidad de Dios, que es la bondad en sí misma, la perfeccion en toda su plenitud, la perfeccion sin término. El hombre es llamado por el Criador á subir en constante progreso hácia esa altura, prometiéndole que le comunicará su vida, su amor y su gloria, á medida que se acercará más á Dios por la santidad. ¿Podrá la criatura llegar á tal grandeza? Por sí misma, jamás. No somos suficientes, dice San Pablo, ni aun para formar un buen pensamiento en el órden de la gracia: nuestra suficiencia viene toda de Dios (1). Pero Dios

(1) II Corinth, III, 5.

lo quiere, y enriquece al hombre con los auxilios necesarios. Le da por modelo de esta santidad á Jesucristo su Hijo, inculca en su corazon la sávia de la vida divina, la aumenta y robustece con su gracia para que germine y extienda sus ramos de honor y de virtud, y se le une con amor inefable en la Eucaristía para hacerle una misma cosa con él, abismándole en el mar de sus gracias y de sus infinitas perfecciones. Con tales auxilios, ¿qué no podrá el hombre? ¿Qué sacrificios se le harán difíciles? ¿Qué virtudes le parecerán bastantes? Todo lo puedo en aquel que me conforta, exclamará con San Pablo (1), y se lanzará á la conquista de la santidad y de la gloria.

A este fin conduce Jesucristo, porque despues de ordenar las pasiones del hombre, le eleva sobre sí mismo hasta la participacion de la misma divinidad, mediante los dones de su gracia que le comunica en los Sacramentos, especialmente la Sagrada Comunión. Ved la idea cuya explicacion nos ocupará esta tarde.

#### PRIMERA PARTE.

Elevacion del hombre hasta la union con Dios, comunicacion de la vida de Dios á su criatura, deificacion del hombre: hé aquí, Señores, el objeto del gran sacramento de la piedad divina en el misterio de la Encarnacion del Verbo, la obra de Jesucristo. Dios se hace hom-

(1) Philip. IV, 13.

bre, dice San Agustín, para que el hombre se haga Dios (1); no tan solo por la union de la naturaleza divina con la humana en la persona del Verbo, sino por la comunicacion real de la vida divina á cada hombre en particular, elevándole á la categoría de hijo de Dios por adopcion. Deificacion del hombre: hé aquí la gran passion, la noble ambicion que Dios mismo depositó en el corazon de su criatura, desde que en sueño misterioso, como dice Santo Tomás, hizo ver á Adán en lontananza el inefable misterio de la Encarnacion del Verbo, y sus admirables consecuencias para consumacion de la gloria preparada al hombre (2). Por ello se la descubre siempre al través de todos los errores, en el fondo de todos los sistemas, y en el espíritu de todas las edades y de todos los pueblos, si bien viciada, adulterada, desviada del único camino que á su realizacion conduce, por la astucia del espíritu del mal, que para impedir en cuanto le fuera posible el cumplimiento del bondadoso designio del Criador, se valió de la corrupcion de esta gran verdad, no en sí misma, sino en los medios de realizarla.

Apoyarse en la santa ambicion de unirse á Dios para perder al hombre, ha sido desde el principio la táctica de Satanás, y lo es más y más de cada día, á medida que las magnificencias del plan divino, y las riquezas del gran misterio se desenvuelven con mayor claridad, merced á las enseñanzas del catolicismo. Sereis como Dioses, dijo y dice siempre (3); y en esto dice verdad: pero

(1) Factus est homo Deus, ut homo fieret Deus. (*S. Aug., Serm. 9 de Nativ.*)

(2) Ante peccatum, Adam habuit fidem explicitam de Christi incarnatione, prout ordinabatur ad consummationem gloriæ. (*S. Thom. in cap. V Epist. ad Ephes.*)

(3) Gen. III, 5.

lo sereis por vuestro esfuerzo, por vuestra rebelion contra Dios; y en esto dice mentira. ¿Cómo podrá el hombre acercarse á Dios, unírsele, ser uno con él, oponiéndose, resistiendo, haciéndose enemigo de Dios, y obrando en direccion opuesta á Dios? Jamás realizará el hombre la fábula de Prometéo, robando el fuego divino para esconderle en su corazon. Soñará ser como Dios, y al despertar de su sueño se verá precisado á confesar que tal vez es menos que hombre. La deificacion del hombre no es obra de la criatura. Trátase de una segunda creacion, de una regeneracion, de un renacimiento todo espiritual, que nos introduzca en un órden superior y divino, y nadie se crea, ni se engendra, ni renace por sí mismo. Esto ha de ser la obra del Espíritu de Dios. Enviarás tu espíritu, clamaba el Profeta; envía tu espíritu y serán creados, y se renovará la faz de la tierra (1). Nadie puede entrar en el reino de Dios, si no renace por el agua y por el Espíritu Santo, dice Jesucristo (2), porque solo el que nace del Espíritu vive vida de espíritu (3), y solo el que se gobierna por este espíritu, es hijo de Dios, concluye San Pablo (4).

Obra es de Dios esta renovacion y elevacion del hombre; pero reclama tambien la cooperacion de este. Recordad, Señores, que hablando otro día de la regeneracion de la humanidad por Jesucristo, os dije que para realizarse fué necesaria la aproximacion de Dios y del hombre, la destruccion del pecado, y la adopcion del hombre por hijo de Dios. Esto mismo se requiere para la elevacion de cada uno á la justicia y santidad que le co-

(1) Psalm. CIII, 30.

(2) Joann. III, 5.

(3) Id. id., 6.

(4) Rom. VIII, 14.

munica la vida divina; y así como para verificarse el designio de Dios en la redención, hubieron de unirse las dos naturalezas divina y humana en la persona de Jesucristo, porque siendo solamente Dios, no podía sacrificarse para redimirnos, y siendo puro hombre no hubiera tenido su sacrificio mérito bastante para ello (1); así también para que se nos aplique el fruto de esa redención y seamos levantados á la santidad, se hace necesario que Dios obre en nosotros, y que nosotros obremos con Dios. Sin contar contigo te ha criado Dios, dice San Agustín: pero no te salvará, no te llevará á la posesión de su gloria, sino contando contigo; esto es, cooperando tú eficazmente al logro de tu salvación (2). Por ello dice San Pablo: Los que se gobiernan por el espíritu de Dios, los que dóciles á su impulso obran según este espíritu, estos son verdaderamente hijos suyos (3), según la palabra de San Juan: á los que creen en él les ha dado potestad de hacerse hijos de Dios (4).

Una doble acción es, pues, indispensable; la acción de Dios y la acción del hombre. De Dios, Padre de las luces, de quien desciende todo don perfecto (5), que nos engendra voluntariamente con la palabra de la verdad (6), que gratuitamente y con su beneplácito obra en

(1) Debitum Adæ tantum erat, ut illud non deberet solvere, nisi homo; sed non posset nisi Deus. (S. Aug.) Neque per ipsum liberemur unum mediatorem Dei et hominum Christum Jesum, nisi esset Deus. (Id. Enchirid., c. 8.)

(2) Qui creavit te sine te, non salvabit te sine te. (S. Aug., *Serm.* 15 *de Verb. Apost.*)

(3) Rom. VIII, 14.

(4) Joann. I, 12.

(5) Jacob. I, 17.

(6) Id. id., 18.

nosotros el querer y el obrar (1), que se complace en manifestar en nosotros las riquezas de su gracia (2), y que corona nuestros méritos con inefable misericordia (3). Del hombre, que libremente acepta la gracia, coopera á ella con esfuerzo, negocia los talentos que de Dios recibe, y merece la corona de la justicia. Por ello decía de sí mismo el Apóstol San Pablo: Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha quedado en mí estéril y sin fruto; he adelantado á otros en los trabajos, pero no yo solo, sino la gracia de Dios conmigo (4). Es decir, explica San Agustín: Ni la gracia de Dios sola y sin cooperación suya, ni él solo sin la gracia, sino la gracia de Dios con la cooperación del Apóstol (5).

¿Qué es, Señores, esa gracia sin la cual no somos suficientes para un buen pensamiento en el orden sobrenatural (6), que es la única poderosa á libertarnos de este cuerpo de muerte y á darnos el triunfo sobre la concupiscencia que nos subyuga y nos arrastra (7), que nos basta para cantar victoria de nuestros enemigos (8), y que nos da esfuerzo para llegar al heroísmo de la virtud? (9) Es, dice San Agustín, una inspiración del amor divino para movernos á practicar por este santo amor el bien que conocemos (10). Es no solo una luz que Dios

(1) Philip. II, 13.

(2) Ephes. II, 7.

(3) Psalm. CII, 4.

(4) Corinth. XV, 10.

(5) Ac per hoc nec gratia Dei sola, nec ipse solus, sed gratia Dei cum illo. (S. Aug., de Grat. et lib. arbit., c. 5.)

(6) II Corinth. III, 5.

(7) Rom. VII, 24.

(8) I Cor. XV, 57.

(9) Philip. IV, 13.

(10) Inspiratio dilectionis, ut cognita sancto amore faciamus. (S. Aug., lib. 4 ad Bonif., c. 5, n. 11.)

infunde en nosotros para que conozcamos el bien, sino una fuerza sobrenatural para que lo practiquemos: no solo una luz para que creamos lo que debe ser amado, sino un impulso poderoso para que amemos lo que creemos (1); una luz que ilumine nuestras tinieblas, y una suavidad deleitable por la cual da sus frutos la tierra de nuestro corazón, venciendo los obstáculos que le opone la concupiscencia (2). Es la acción de Dios hecha sensible al corazón (3). Es el don de Dios de que habla Jesucristo á la Samaritana (4).

Don de Dios, hermanos. Su principio, el amor que Dios tiene á su criatura en orden á la vida eterna, que es el fin para que la crió; que por ello dice por boca del Profeta: Te he amado con amor eterno, y por lo mismo te he atraído, compadecido de ti (5). Don de Dios, sobrenatural y excelentísimo sobre toda cosa criada, que tiene por objeto renovarnos en nuestro espíritu, hacernos gratos á Dios, elevarnos á la virtud y á la santidad, y por ella á la posesión de su gloria. Don de Dios, de ningún modo debido al hombre, como su mismo nombre lo dice (6), y que se nos da por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo (7).

¡Cuán admirable es el Señor en la concesión de esa gracia! ¡Cuán admirable está en sus operaciones! El hombre vive esclavo del pecado, ó del amor de sí mis-

(1) Non solum ut facienda noverimus, verum etiam ut cognita faciamus; nec solum ut diligenda credamus, verum etiam ut credita diligamus. (*S. Aug.*, de Gratia Christi, lib. 1, c. 12.)

(2) Lucem qua illuminantur tenebræ, et suavitatem qua dat fructum suum terra nostra. (*S. Aug.*, de peccat. merit. lib. 2, cap. 19.)

(3) *Pascal*, Pensamientos.

(4) Joann. IV, 10.

(5) Jerem. XXXI, 3.

(6) Rom. XI, 6.

(7) Id. VII, 25.

mo hasta el desprecio de Dios (1); sentado en tinieblas y sombras de muerte, que oscurecen su entendimiento, dominado por las pasiones que corrompen su corazón, y rodeado de objetos seductores que le hacen olvidar su noble destino. Dios, que le ama como Padre, quiere que se haga la luz entre aquellas tinieblas, quiere quitarle su corazón de piedra y darle un corazón de carne (2), y envía al alma su gracia, diciendo en su misericordia: ¿Por qué quieres perecer en tu miseria? ¿Hasta cuándo te disiparás en tus engañosas delicias, hija vagamunda? (3) Esto hace, unas veces rodeando al alma de luz repentina y brillante como el relámpago, y haciéndole oír su voz, poderosa á tronchar los cedros del Líbano (4), como hizo con Saulo en el camino de Damasco (5); otras veces poniéndole delante luz suave y atractiva que cautiva sus miradas y disipa las tinieblas, como la estrella que iluminó á los Magos; cuándo, hiriendo con fuerza al corazón como á la Magdalena y á Agustín; cuándo, en fin, golpeando blandamente á la puerta del corazón, y permaneciendo allí un día y otro día (6), ó valiéndose de otras maneras admirables todas, y todas adecuadas á su fin.

¿Cuál es ese fin? Os lo dije ya, Señores. Disipar las tinieblas del entendimiento, para que iluminado con esa luz divina, conozca el bien verdadero; mover la voluntad hácia ese bien, ayudar á romper los lazos que aprisionan al alma, levantarla de su postración multiplican-

(1) Amor sui usque ad contemptum Dei. (*S. Aug.*)

(2) Ezech. XI, 19.

(3) Jerem. XXXI, 22.

(4) Psalm. XXVIII, 5.

(5) Act. Ap. IX, 3.

(6) Apoc. III, 20.